

LAS FUENTES LITERARIAS EN EL SIGLO XVI. EL *DIALOGO EN LAUDE* *DE LAS MUGERES* DE JUAN DE ESPINOSA

José López Romero

Troughout the following essay the author intends to portrait one of the most astounding features of XVI Century literature: the mechanism by wich writers used to introduce a fairly great amount of quotations of texts belonging to preceeding literatures in their own compositions. The *Diálogo en laude de las mugeres* by Juan de Espinosa is examined as an example.

El lector no avisado cuando entra en contacto con la literatura del siglo XVI, especialmente con gran parte de la prosa humanística o la literatura dialógica, no puede por menos que sorprenderse de la amplísima nómina de autores y obras, clásicos y modernos, laicos y religiosos, cultos y populares, que los escritores de este siglo manejan como fuentes de sus composiciones.

La mayoría de sus páginas están llenas de citas (siempre al margen) que señalan los autores y obras de los que se han servido para la elaboración de algunos pasajes, historias, secuencias o sentencias de fuerte contenido moral. Se puede sorprender también este lector de que ese manejo de fuente llegue a veces al abuso y de que vaya trascurriendo el texto con transcripciones de originales, donde la aportación personal del autor es mínima y todo se abandona a la simple copia de sus fuentes. Se sorprendería aún más si, profundizando un poco en la materia, comprobase que estas transcripciones se han realizado con extraordinaria fidelidad.

En un primer momento, nuestro lector podría considerar del todo imposible el conocimiento de tantos y tantos autores y obras, la mayor parte en griego y latín, en escritores del siglo XVI, muchos de los cuales no se caracterizaron precisamente por

llevar una vida monástica dedicada al estudio de los clásicos, sino que, muy al contrario, se destacaron por una biografía bastante ajetreada, llena de vicisitudes.

En segundo lugar, aunque estas obras estén plagadas de citas, transcritas muchas de ellas literalmente, su variedad y hasta su simple traducción y posterior composición y engarce en el conjunto de la obra requiere un saber y un dominio de las técnicas literarias que evidentemente no puede tener una persona no experimentada.

Sin embargo, a todas estas cuestiones que se plantea nuestro lector queremos ofrecer desde aquí algunas explicaciones.

No cabe duda de que la mayoría de escritores de esta corriente literaria a la que nos estamos refiriendo, no manejaron la amplia lista de autores que al principio de sus obras nos presentan o que podemos observar a través de sus páginas; no manejaron tampoco traducciones, ya que no todos los clásicos fueron trasladados a las lenguas romances durante el siglo XVI. Las fuentes, pues, de nuestros escritores son más simples, se reducen a unas cuantas *misceláneas* o libros enciclopédicos, en los que se compendia todo el saber clásico. Las historias de personajes famosos, leyendas, fenómenos sobrenaturales e incluso sentencias morales se contenían en estos libros, lectura obligada de todo hombre del Renacimiento. Allí encontraban toda la materia de que querían servirse para componer sus obras, las utilizaban hasta el abuso, sin escrúpulos de ninguna clase, y de ellas copiaban con extraordinaria fidelidad.

Estas *misceláneas* obedecían en su época a una necesidad cultural: el hombre renacentista con cierto afán de conocimiento precisaba imperiosamente de instrumentos que le ofrecieran un saber extenso aunque apresurado no sólo para conferirle a su obra una dignidad basada en la autoridad, sino también para hacer ostentación o exhibir¹ una erudición, realmente de «segunda mano»², pero no menos digna y menos moderna de acuerdo con los tiempos que se vivían³.

La literatura de *misceláneas* o literatura de saber enciclopédico se nos aparece, así pues, como un género de enorme importancia y difusión durante todo el Renacimiento, lectura fundamental para aquel que tuviera preocupaciones culturales; un género, en definitiva, de rotundo éxito a lo largo del Siglo de Oro.

Otras fuentes utilizadas por estos escritores del XVI que no debemos olvidar son las obras de carácter religioso. Entre ellas destaca naturalmente la *Biblia*, dentro de ésta se presta mayor atención al Antiguo Testamento que al Nuevo, y con respecto a éste último se suele citar con más frecuencia a San Pablo⁴. Al margen del libro sagrado, se toman

¹ LEONARDO ROMERO TOBAR: «Antonio de Torquemada el humanista vulgar de los Colloquios satíricos», en AA.VV., *Estudios sobre el Siglo de Oro*, homenaje al profesor Francisco Induráin, Madrid, Editora Nacional, 1984, pág. 397.

² MARCEL BATAILLON: *Erasmus y el erasmismo*. Barcelona, Crítica, 1983, pág. 323.

³ ANTONIO PRIETO: *La prosa española del siglo XVI, I*. Madrid, Cátedra, 1986, pág. 276.

⁴ ANTONIO CASTRO DÍAZ: *Los «Coloquios» de Pedro Mexía*. Sevilla, Diputación, 1977, pág. 142: «Un segundo punto a destacar en la relación de autoridades es el desequilibrio existente entre las citas del Antiguo (treinta

referencias de algunos *Padres de la Iglesia*, especialmente San Jerónimo, San Ambrosio, San Cipriano y San Agustín. La obra de estos santos padres por su prolijidad tampoco estaría al alcance de escritores apresurados y circunstanciales, por lo que debemos pensar que se ayudarían de diversos epítomes que circularían por el siglo con amplia difusión o de otros textos que resumieran el pensamiento cristiano distribuido por temas.

La cultura popular también fue de gran influencia en la literatura didáctica del siglo XVI. Representada por los *refranes* o proverbios, éstos en ocasiones llenan las páginas de estas obras, se abusa de ellos y, como las misceláneas, es un tipo de literatura, la paremiológica, muy del gusto renacentista y cuyas recopilaciones también proliferaron en la época.

Finalmente y ya en un segundo plano, tras de los tres grandes núcleos de información (misceláneas, literatura religiosa, Biblia y epítomes, y refranero), aparecen *otros autores* de desigual importancia y cuya influencia dependen particularmente de cada autor, del tema tratado y de la fuerza moral que la obra pretenda contener.

En cuanto al abuso de estas fuentes y a la transcripción tan fiel de los textos que algunos se atreverían a calificar simple y llanamente de «copia», hemos de aclarar que no estamos ante una literatura de creación, sino ante una literatura de imitación, entendida ésta en su concepto clásico. El autor en modo alguno abandona la creatividad, sino que la subordina a un principio para él mucho más importante y fundamental: el principio de autoridad⁵.

Al mismo tiempo, esta autoridad, representada por la variedad de fuentes, le proporcionaba a la obra una dignidad que en el siglo XVI se entendía como uno de sus valores consustanciales, más si tenemos en cuenta el afán didáctico que alumbraba a todas ellas.

EL *DIÁLOGO EN LAUDE DE LAS MUGERES* DE JUAN DE ESPINOSA

El *Diálogo en laude de las mugeres*, obra perteneciente al tipo de literatura al que nos estamos refiriendo, fue compuesto por Juan de Espinosa y editado por vez primera en Milán en 1580. En ella se condensan todas las peculiaridades que hemos venido señalando respecto al uso de fuentes literarias.

y siete referencias) y del Nuevo Testamento (seis referencias). En una época en que cada vez se mira con más recelo al autor que menciona con frecuencia al Antiguo Testamento o a San Pablo, pues eran las fuentes predilectas de los cristianos nuevos, Pedro Mexía no se muestra muy influenciado por esta corriente de opinión».

⁵ *Ibidem*, pág. 140: «Durante la Edad Media y los Siglos de Oro, e incluso posteriormente, la referencia y dependencia de una obra con respecto a determinadas fuentes externas le confería un valor ulterior. Se consideraba un poco menos que menospreciable la obra cuyo contenido y personajes hubieran sido creados por su autor de una manera exclusiva. Las fuentes de los diferentes asuntos eran extraordinariamente diversas y hasta el siglo XVIII predominaron las fuentes literarias».

Espinosa en los preliminares a la obra ya nos ofrece una extensa lista de autores de los que se ha servido para la elaboración del texto. Lista que se va engrosando con otros nombres a medida que vamos leyendo el diálogo y cuya variedad queda comprobada si citamos a algunos de ellos. Aristóteles, Plutarco, Cicerón, Suetonio, Valerio, Máximo, Trogo, Polibio, Stéphano Ballengardo, Cornelio Tácito, Pedro Mexía, Ioan Ravisio Textor, Boccaccio, Antonio de Torquemada, Virgilio, Ovidio, San Jerónimo, San Agustín, San Juan, San Pablo, etc...⁶.

Si tenemos en cuenta la biografía de Juan de Espinosa, hombre dedicado a las armas como su auténtica profesión, en la que destacó en sus estancias en Venecia, donde canalizaba toda la información sobre las distintas armadas que preparaban los turcos para el asedio de Europa; hombre que participó en diferentes batallas que lo llevaban de un lado a otro del Continente, podemos suponer, por tanto, que todo el bagaje de erudición desplegado en el *Diálogo en laude de las mugeres* no debe responder a un conocimiento directo de tantas fuentes, sino más bien al manejo de esos libros enciclopédicos, misceláneas, que ya hemos comentado.

Efectivamente, Juan de Espinosa utilizó como fuentes directas de su obra fundamentalmente cuatro misceláneas: la *Officina* de Ioan Ravisio Textor, la *Silva de varia lección* de Pedro Mexía, el *Jardín de flores curiosas* de Antonio de Torquemada y el *Sententiarum volumen absolutissimum* de Stéphano Bellengardo. Cuatro obras de las que extrae la mayor parte de la información correspondiente a los autores clásicos nombrados en el diálogo: la *Officina* se cita en 35 ocasiones y es fuente directa de 23 autores; la *Silva*, en 27 y es utilizada como fuente de 13 escritores; el *Jardín*, 25 y 7 respectivamente, y por último, el *Sententiarum*, con 4 y 9.

Por otra parte, Espinosa también hizo uso de la Biblia, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamentos, destacando en el primero las 41 citas del *Eclesiástico* y las 32 de los *Proverbios*, y del segundo las 18 citas de San Pablo. San Jerónimo, San Agustín y San Cipriano son, asimismo, los Padres de la Iglesia que también sirven de fuentes al *Diálogo en laude de las mugeres*, aunque con escasa repercusión, ya que el número de sus citas es realmente ínfimo respecto de los que hemos nombrado con anterioridad: 6 San Jerónimo, 5 San Agustín y 2 San Cipriano.

El gusto por los refranes como manifestación más viva de la sabiduría popular durante todo el siglo XVI, llevó a nuestro autor incluso a elaborar una recopilación de éstos, en número de seis mil, en parte compuestos y en parte recogidos por él mismo. Este interés por los proverbios se constata perfectamente en el diálogo, en que se insertan 72 de ellos.

Y finalmente, otras fuentes de menor trascendencia para la obra pero que también son importantes por su variedad y porque nos señalan las preferencias literarias del autor, la temática desarrollada y su afán didáctico las representan en el *Diálogo en laude de las*

⁶ JUAN DE ESPINOSA: *Diálogo en laude de las mugeres*. Milán, 1580, hoja 4^a v^o. Véase mi edición de esta obra (Granada, 1990), págs. 61-62.

mugeres el opúsculo *De fontibus, lacubus, fluminibus, stagnis et paludibus* de Boccaccio, que se recoge dentro de su obra *Genealogiae cum demonstrationibus informis arborum, ejusdem de montibus et alii tractatus*⁷, la obra de Francisco Thámara *De las costumbres de las gentes, la Historia general y natural de las Indias* de Gonzalo Fernández de Oviedo, los *Claros varones de Castilla* de Hernando del Pulgar y hasta el *Dioscórides* de Andrés Laguna.

Quizá no sea éste el lugar más adecuado para explicar con detalle la adaptación que hace Espinosa de sus fuentes para insertarlas en su obra. La extensión de la materia y la variedad de los mecanismos así nos obliga a considerarlo. Sin embargo, haremos mención de la fidelidad que Espinosa mantiene con la mayoría de los textos que le sirven de referencia, valga como ejemplo estos dos pasajes, el primero extraído del *Jardín de flores curiosas* de Torquemada y el segundo del *Diálogo*:

«... lo cuenta el Papa Pío, cuyo nombre se dijo Aeneas Silvio, el cual dice que en Escocia, a la ribera de un río, nacen unos árboles, cuyas hojas, cayendo en el agua y podresciéndose, engendran en sí un gusano que poco a poco va creciendo y emplumece, y levantando sus alas, vuela y anda por el aire»⁸.

«Críanse ala rivera de un río en Escoçia çiertos árboles, según cuenta el papa Pío (que se llamó Aenea Silvio), cuyas hojas, cayendo en el agua y podresciéndose, engendran en sí un gusano que poco a poco va creciendo y emplumesce y levantando sus alas buela y anda por el aire». (Al margen: «Aenea Silvio Torquem. lib. 2»)⁹.

Por otra parte, debemos destacar aquí el grado de perfección alcanzado por la mayoría de estos autores de prosa didáctica, y Espinosa es un buen ejemplo de ellos, en la inserción de sus fuentes en la línea argumental de la obra. Si no advirtiesen con las citas al margen de la procedencia de las secuencias o historias, sentencias y hasta cuentecillos, no apreciaríamos en absoluto si el texto transcrito es simple copia o creación personal. En esto consiste realmente uno de los valores literarios más característicos de este género.

CONCLUSIONES

A lo largo de este recorrido quizá hayamos trocado las sorpresas de nuestro supuesto lector en continuos desencantos: lo que parecía conocimiento exhaustivo de los clásicos se ha convertido en manejo de enciclopedias, los textos insertados en la obra en bastantes ocasiones son copias literales de las fuentes y lo que era el gusto renacentista por la sabiduría popular se reduce al uso de refraneros.

⁷ Editado en Venecia, 1511.

⁸ ANTONIO DE TORQUEMADA: *Jardín de flores curiosas*, edición de Giovanni Allegra, Madrid, Castalia, 1982, pág. 205.

⁹ JUAN DE ESPINOSA: *Op. cit.*, fol. 64 vº.

Sin embargo, todo ello responde, como hemos venido señalando, a un tipo de cultura muy legítimo en su época, no menos digno que cualquier otro y que tiene por objeto fundamentalmente conferir a estas obras, productos de escritores apresurados y circunstanciales pero con afanes eruditos, una autoridad sustentada en una amplia nómina de autores clásicos y literatura religiosa, cuyas obras supuestamente habían manejado; todo ello con una clara intención didáctico-moral y un interés por exhibir una erudición y una cultura que por su procedencia debemos considerar bastante superficial y de «segunda mano».